

regocijada. ¡Cuántas veces embrollamos nuestro espíritu con la cólera ó la tristeza merced á tales sombras y nos sumergimos en pasiones fantásticas que trastornan nuestra alma y nuestro cuerpo! ¡Qué gestos de espasmo, de risa ó confusión suscitan las soñaciones en nuestros semblantes! ¡Qué sorpresas y agitaciones de miembros y de voz! ¿No se diría de ese hombre solo que experimenta falsas visiones ocasionadas por una multitud de otros hombres con quienes negocia, ó que algún demonio interno le persigue? Inquirid dentro de vosotros mismos el origen de semejante mutación: ¿excepción nuestra; hay algo en la naturaleza á quien la nada sustente ni empuje? Cambises, por haber soñado que su hermano iba á sentarse en el trono de Persia, le hizo morir; era un hermano á quien amaba y de quien siempre se había fiado; Aristodemo, rey de los mesenios, se mató, impelido por una fantasía que consideró como de mal agüero y por no sé qué aullidos de sus lebreles; el rey Midas hizo lo mismo, molestado y trastornado por un sueño ingrato que le asaltara. Es avalorar la vida en su justo precio abandonarla por un sueño. Oíd, sin embargo, á nuestra alma triunfar del cuerpo misero y de su flaqueza por estar siempre expuesto á toda suerte de ofensas y alteraciones. En verdad la razón la acompaña al expresarse así:

O prima infelix fugenti terra Prometheo!
Ille parum cauti pectoris egit opus.
Corpora disponens, mentem non vidit in arte;
Recta animi primum debuit esse via. ¹

CAPÍTULO V

SOBRE UNOS VERSOS DE VIRGILIO

Á medida que los pensamientos provechosos son más plenos y fundamentales, van imposibilitándonos y siéndonos onerosos. El vicio, la muerte, la pobreza, las enfermedades, son cosas graves y que agravan. Es preciso mantener el alma fortificada con los medios que la ayuden á combatir los males, instruida con las reglas del bien vivir y del bien creer, y frecuentemente despertarla y ejercitarla en este hermoso estudio. Mas en una de contextura ordinaria menester es que la lucha no sea ruda ni inmoderada, pues la tensión continuada la enloquecería. Cuando joven, tenía yo necesidad de advertirme y solicitarme para guardar el equilibrio; el regocijo y la salud no van muy de acuerdo, á lo que dicen, con esos discursos de cordura y seriedad:

1. ¡Calamitosa arcilla aqueila que en los comienzos moldeó Prometeo! Al formar el cuerpo del hombre para nada curó del espíritu, por el cual, sin embargo debió comenzar. PROPERCIO, III, 5, 7.

hoy mi situación ha cambiado, y las condiciones de la vejez me amonestan de sobra, formalizan y predicán. Del exceso de alegría vine á dar en la severidad superabundante, que es un estado más desagradable, por lo cual ahora me dejó llevar adrede algún tanto por el desorden, y deslizo alguna vez mi alma hacia las ideas de juventud y regocijo, en las cuales se detiene placentera. Al presente me siento dominado por el sosiego excesivo y por la pesantez y la madurez en igual grado: la vejez me alecciona todos los días de frialdad y de templanza. Este débil cuerpo huye el des-arreglo y lo teme; tócale ahora encaminar el espíritu á la enmienda, gobernar á su vez con mayor imperiosidad y rudeza, y no me deja vagar ni siquiera una hora, ni cuando duermo, ni cuando velo, sin adoctrinarme con ideas de muerte, paciencia y penitencia. Me defendiendo contra la templanza como antaño me defendía contra los goces; aquélla me echa muy hacia atrás, hasta hacerme lindar con la estupidéz. Y como yo pongo todo mi conato en ser dueño de mí mismo en todos sentidos, reconozco que la cordura tiene sus excesos y que no ha menester menos que la locura de represión; de suerte que, temeroso de mortificarme, agotarme y agravarme á fuerza de prudencia, en los intervalos que mis males me lo permiten,

Mens intenta suis ne siet usque malis ¹;

extravío con toda suavidad y aparto mi mirada de ese cielo tempestuoso y nubloso que ante mí se extiende, el cual, Dios sea loado, considero sin horror, mas no sin contención ni estudio, y me voy distrayendo con la recordación de la juventud pasada:

Animus quod perdidit, optat,
Atque in præterita se totus imagine versat ².

Que la infancia mire adelante y la vejez detrás, tal era la significación de los dos semblantes de Jano. Que los años me arrastren si á bien lo tienen, yo procuraré que no lo logren sino á reculones; y en tanto que mis ojos puedan reconocer aquella hermosa primavera fenecida, á ella los convierto á sacudidas: si de mis venas y de mi sangre escapa, al menos no quiero desarraigar su imagen de la memoria:

Hoc est
Vivere bis, vita posse priore frui ³.

Platón ordena á los ancianos la asistencia á los ejercicios, danzas y juegos de la juventud para regocijarse en los

1. Por temor de que mi alma no se vea constantemente ocupada de sus males. OVIDIO, *Trist.*, IV, 1, 4.

2. Mi espíritu se accongoja por lo que perdió y se lanza por completo al tiempo que fue. PETRONIO, *Satyricón*, c. 128.

3. Poder gozar de la vida pasada es vivir dos veces. MARCIAL, X, 23, 7.

demás con la flexibilidad y belleza del cuerpo, que en ellos se desvaneció, y para llamar á su recuerdo la gracia y beneficios de esa edad llena de verdor; y quiere el filósofo que en las diversiones el honor de la victoria sea otorgado al joven que más haya sorprendido y alegrado á mayor número de ancianos. En el tiempo que fué, marcaba yo con piedra negra los días pesados y tenebrosos como cosa extraordinaria y singular; ahora éstos son mi ordinario alimento, los extraordinarios son los hermosos y serenos, regocijándome como de un gran beneficio cuando algún dolor no me aqueja. Sin violentarme no soy ya capaz de arrancar una pobre sonrisa de este mezquino cuerpo; sólo por fantasía y por soñación me divierte para engañar así las amarguras de la edad, cuando en realidad precisaría otro remedio diferente de un sueño. ¡Débil lucha del arte contra la naturaleza! Simpleza grande es dilatar y anticipar, como todos hacen, las incomodidades humanas. Yo prefiero ser viejo menos tiempo á serlo con anticipación, y hasta las más ínfimas ocasiones de placer con que puedo tropezar las amarro. Bien conozco de oídas algunas especies de voluptuosidad, prudentes, fuertes y gloriosas, mas la opinión común no tiene tanto imperio sobre mí que lleguen á excitar mi apetito: no las ansio tan magnánimas, magníficas y fastuosas como las anhelo azucaradas, fáciles y prestas: *A natura discedimus; populo nos damus, nullius rei bono auctori*¹. Mi filosofía es toda acción, se aplica al uso natural y presente, y deja estrecho campo á la fantasía. ¡Pluguiera á Dios que me regocijara jugando á las avellanas y al trompo!

Non ponebat enim rumores ante salutem².

Es el placer cosa modesta que por sí misma se considera sobrado espléndida sin el aditamento del premio que á la reputación acompaña y que á la sombra se encuentra muy á su gusto. Debiera tratarse á latigazos al mozo que se entretuviese en hacer una selección de los distintos placeres que al paladar suministran los vinos y las salsas; nada hubo para mí menos reconocido ni apreciado: ahora es cuando lo aprendo, y de ello me avergüenzo grandemente. ¿Pero qué remedio? Mayor despecho y desconsuelo me producen las causas que á ello me empujan. Á los ancianos pertenece soñar y tontear; á los jóvenes, mantenerse en la buena reputación y en el mejor designio: ellos marchan hacia el crédito, camino del mundo, y nosotros volvemos: *Sibi arma, sibi equos, sibi hastas, sibi clavam, sibi pilam, sibi natationes et cursus habeant; nobis senibus,*

1. Abandonamos la naturaleza tomando al pueblo por guía, el cual no hace sino extraviarnos. SENECA, *Epist.* 33.

2. Antepongo mi placer á todas las vanas habladerías. CICERÓN, *de Officiis*, I, 24.

*ex lusionibus multis, talos relinquunt et tesseras*¹: las leyes mismas nos envían á nuestro retiro. Yo no puedo hacer menos en beneficio de esta mezquina condición, donde mi edad me arrastra, que proveerla de juguetes y niñerías como á la infancia se provee; por algo recaemos en ella. La prudencia y la locura tendrán ocupación sobrada con apuntarme y socorrerme con sus oficios alternados en esta edad calamitosa:

Misce stultitiam consiliis brevem².

Huyo de la propia suerte los más ligeros pinchazos, y los que antaño no me hubieran ocasionado ni el arañazo más débil, actualmente me atraviesan de parte á parte; ¡tan fácilmente mis hábitos van con el mal plegándose! *In fragili corpore, odiosa omnis offensus est*³;

Mensque pati durum sustinet ægra nihil⁴.

Siempre fui quisquilloso y delicado ante las ofensas; ahora todavía soy menos tolerante, y abierto estoy á ellas por todas partes:

Et minimæ vires frangere quassa valent⁵.

Mi discernimiento me impide rebelarme y gruñir contra los inconvenientes cuyo sufrimiento naturaleza me ordena; mas, en cambio, me consiente experimentarlos: yo atravesaría el mundo de un extremo al otro buscando un buen año de tranquilidad y plácido contento, puesto que no persigo distinto fin que el de vivir y regocijarme. La tranquilidad sombría y entorpecedora se encuentra de sobra para mí, pero me adormece, haciendo que en ella me obstine, de suerte que en nada me satisface. Si es que hay alguna persona, ó alguna buena compañía, en el campo ó en la ciudad, en Francia ó en otra parte, que viva de asiento ó que sea amiga de los viajes, para quien mis humores sean gratos y de quien los humores sean buenos para mí, no tiene más que silbar en la palma de la mano: yo iré personalmente á proveerla de Ensayos de carne y hueso.

Puesto que al espíritu pertenece el privilegio de liberarse de la vejez, yo aconsejo al mío en cuanto está en mi mano que así lo haga; que reverdezca y que florezca, si puede, como el muérdago reverdece sobre el árbol muerto.

1. Que para sí guarden las armas, los caballos, los dardos, la maza, la pelota, la natación y la carrera; que á nosotros ya machuchos nos dejen las tabas y los dados. CICERÓN, *de Senect.*, c. 16.

2. Diluye en tu prudencia un grano de locura. HORACIO, *Od.*, IV, 12, 27.

3. Para un cuerpo débil es insoportable la más mínima sacudida. CICERÓN, *de Senect.*, c. 18.

4. Un espíritu enfermo nada puede soportar de incómodo. OVIDIO, *de Ponto*, 18.

5. Lo que está ya cascado se quiebra al más leve empuje. OVIDIO, *Trist.*, III, 11, 23.

Temo mucho su traición: tan estrechamente se ligó al cuerpo, que me abandona siempre para seguir á éste en sus necesidades; yo le acaricio aparte y le ejercito inútilmente; vanamente intento apartarle de esa ligadura, presentándole á Séneca y Catulo, las damas y danzas reales: cuando su compañero padece el cólico, diríase que él también lo sufre; las potencias mismas que le son propias y peculiares no se pueden entonces levantar; denuncian evidentemente la frialdad, y ningún regocijo muestran sus manifestaciones cuando al cuerpo domina la modorra.

Los filósofos se engañan al buscar las causas de los impulsos extraordinarios de nuestro espíritu (aparte de los que atribuyen al arrobamiento divino, al amor, al fuego bélico, á la poesía ó al vino) allí donde la salud no impera; una salud hirviente, vigorosa, plena, desbordante, tal como en los pasados tiempos me la procuraban á intervalos el verdor de los años y el sosiego; ese ardor de regocijo suscita en el espíritu vivos relámpagos y resplandores, muy por cima de nuestra claridad natural, y entre nuestros entusiasmos, los más gallardos, si no los más locos. Por consiguiente, no es cosa peregrina el que un estado contrario amortigüe mi espíritu, clavándolo en tierra, alcanzando un efecto cabalmente antitético.

Ad nullum consurgit opus, cum corpore languet ¹;

y, sin embargo, quiere todavía que de mi dependa el que preste en mi persona mucho menos á ese consentimiento, de lo que conforme al uso ayuda ordinariamente á los demás hombres. Al menos, mientras nos quede tregua para ello, expulsemos los males y los embarazos de nuestro comercio:

Dum fiet, obducta solvatur fronte senecti ²;

tetrica sunt amcenanda jocularibus ³. Gusto yo de una prudencia alegre y urbana, y huyo la rudeza de las costumbres austeras, considerando como sospechoso todo semblante avinagrado.

Tristemque vultus tetrici arrogantiam ⁴;

Et habet tristis quoque turba cineros ⁵.

Creo á Platón de buena gana cuando dice que los humores dóciles ó ariscos están en armonía cabal con la bondad ó

1. Languideciendo con el cuerpo hacia ningún objeto se encamina. PSEUDO-GALLUS, I, 123.

2. Que la vejez se rejuvenezca cuando todavía le sea dable. HORACIO, *Epod.*, XIII, 7.

3. Bueno es dulcificar con el regocijo las negras amarguras. SIDONIO APOLINARIO, *Epist.*, I, 9.

4. Y la tristeza arrogante de un rostro ceñudo.

5. Entre esas gentes de continente severo hay hombres licenciosos. MARCIAL, VII, 58, 9.

maldad del alma. El semblante de Sócrates era invariable, pero sereno y riante, no constante en la tristeza, como el del viejo Craso, á quien nunca se vió reír. La virtud es cualidad alegre y grata. Bien se me alcanza que muy pocas gentes pondrán el rostro ceñudo ante la licencia de mis escritos que no tengan que ponerlo más todavía ante la licencia de su pensamiento: yo me conformo á maravilla con el ánimo de ellas, pero ofendo sus castos ojos. ¡Humor bien ordenado es el de pellizcar los escritos de Platón, y el deslizar luego sus pretendidas negociaciones con Phedon, Dion, Stella y Arqueanasa! *Non pudeat dicere quod non pudet sentire* ¹. Yo detesto los espíritus refunfoñones y tristes que se deslizan por la superficie de los placeres de la vida y empuñan los males nutriéndose con ellos, como las moscas, que no pueden sostenerse contra un cuerpo bien pulimentado y alisado y se agarran y reposan en los sitios escabrosos y escarpados, y de la propia suerte que las ventosas, que no absorben ni apetecen sino la sangre viciada y corrompida.

En conclusión, yo me impuse el osar decir todo cuanto me atrevo á hacer; y me disgustan hasta los pensamientos mismos cuando son impublicables. La peor de mis acciones y condiciones no me parece tan fea como encuentro horrible y cobarde el no determinarme á revelarla. Todos son discretos en la confesión, cuando debieran serlo en la acción: el arrojarse de pecar se ve en algún modo compensado y embarazado por el atrevimiento de la confesión: quien se obligara á decirlo todo, obligariase igualmente á no hacer nada de aquello que estuviera obligado á callar.

Quiera Dios que este exceso de mi licencia ponga á los hombres camino de la libertad, haciéndoles atropellar las virtudes cobardes y de aparato que de nuestras imperfecciones emanan. Es necesario que cada cual vea su vicio y lo estudie para recitarlo; los que al prójimo lo ocultan, ocultanlo ordinariamente á sí mismos, y no lo consideran bastante á cubierto si lo ven; precisales además aminorarlo y disfrazarlo conforme á su propia conciencia: *quare vitia sua nemo confitetur? quia etiam nunc in illis est: somnium narrare, vigilantis est* ². Los males del cuerpo se esclarecen en aumentando; y así hallamos que era gota lo que llamábamos reuma ó torcedura: los males del alma se oscurecen al afianzarse; cuanto más nos aquejan, menos los sentimos; por eso hay necesidad de manosearlos, de sacarlos á la superficie con dureza y sin miramientos, de abrirlos y arrancarlos de la cavidad de nuestro pecho. Como en materia de buenas acciones acontece con las malas,

1. No os avergoncéis de decir á voces lo que aprobáis anteriormente.
2. ¿Cuál es la causa de que nadie confiese sus vicios? El que cada uno de nosotros sea de ellos el esclavo. Preciso es estar despierto para referir los propios sueños. SÉNECA, *Epist.* 33.

á veces satisface la sola confesión de las unas y de las otras. ¿ Existe en el pecado tal error que nos dispense confesarlo? Yo sufro dolor grande simulándome, tanto que evito almacenar los secretos ajenos por carecer del valor necesario para negar mi ciencia; puedo callarla, mas no negarla sin esfuerzo y contrariedad: para ser hombre de secretos, la naturaleza debe ayudarnos, no la obligación de retenerlos. Y para ser apto al servicio de los principes no basta ser excelente guardador, hay que saber mentir además. Aquel que preguntaba á Thales si debía negar solemnemente haber pecado contra el sexto mandamiento, si de mí se hubiera informado, habríale respondido que no debía hacer tal, pues el mentir me parece peor todavía que abusar de la lujuria. Thales fué de opinión contraria y le dijo que jurara para fortalecer lo mayor con lo menor; este consejo, sin embargo, no era tanto elección como multiplicación de vicio; á propósito de lo cual digamos de pasada que se allana el camino á un hombre de conciencia cuando se le propone alguna dificultad á cambio de algún delito; pero cuando entre dos vicios se le contrae, colócasele en situación dura, como sucedió á Orígenes, puesto en la alternativa de practicar la idolatría ó gozar carnalmente á un horrible etiope que le presentaron; aquél apencó con la primera condición, obrando mal, dicen algunos. Sin embargo, no carecerían de gusto, según su error, las que en nuestro tiempo hacen protestas de preferir mejor cargar su conciencia con diez hombres que con una sola misa.

Si es indiscreción publicar así sus errores, al menos no hay grave riesgo de que la cosa se convierta en ejemplo y uso, pues Aristón decía que los vientos más temidos de los hombres son aquellos que los descubren. Es preciso levantar ese torpe pingajo que tapa nuestras costumbres: los hombres envían su conciencia al lupanar mientras mantienen su continente en regla; hasta los asesinos y los traidores adoptan las leyes de la ceremonia y á ellas sujetan su deber. Así no es lícito á la injusticia quejarse de la incivildad, ni á la malicia de indiscreción. Lástima que el hombre perverso no sea también estúpido y que la decencia oculte su vicio: tales incrustaciones no pertenecen sino á un muro sano y resistente, que merezca ser conservado y jalbegado.

Siguiendo el proceder de los hugonotes, que censuran nuestra confesión auricular y privada, yo me confieso en público religiosa y abiertamente: san Agustín, Orígenes é Hipócrates publicaron los errores de sus opiniones; yo echo fuera los de mis costumbres. Me siento hambriento de exteriorizarme, y nada me importa á qué precio, siempre y cuando que me sea dado hacerlo por manera real y verdadera; ó por mejor decir, no tengo hambre de nada, pero luyo mortalmente de ser tomado por quien no soy, de par-

te de aquellos á quienes acontece conocer mi nombre. Quien todo lo hace por el honor y por la gloria, ¿ qué se propone ganar presentándose ante el mundo enmascarado, y robando su verdadero ser al conocimiento de las gentes? Alabad á un jorobado por su hermosa estatura, y tomará el elogio como injuria; si sois cobarde y como valiente os honran, ¿ por ventura hablan de vosotros? Es que os toman por quien no sois. Tanto valdría que un hombre que formara parte de una comitiva creyera que á él iban encaminados los saludos dirigidos al cabeza.

Como pasara por la calle Arquelao, rey de Macedonia, alguien vertió agua sobre él, y los que lo vieron dijéronle que debía castigarle: « Está bien, dijo, pero no ha echado el agua sobre mí, sino sobre el que pensaba que yo fuese. » Advirtiéndole á Sócrates que hablaban mal de él: « No hay tal, repuso, nada hay en mí de lo que me achacan. » En cuanto á mí, á quien me ensalzara como buen piloto ó como hombre honestísimo y castísimo, ningún agradecimiento le debería; y análogamente quien me llamara traidor, ladrón ó borracho, en nada me ofendería. Los que se desconocen pueden apacentarse con falsas aprobaciones; no yo, que me veo y me investigo hasta el fondo de las entrañas, y que sé bien lo que me pertenece. Pláceme no ser alabado con tal de ser mejor conocido: podría considerárseme como cuerdisimo en tal condición de cordura, que yo como torpeza considerara. Me apesadumbra que mis ENSAYOS sirvan á las damas como de adorno y mueble de sala: este capítulo me trasladará al gabinete. Yo gusto de su comercio un poco en privado; el público carece de favor y sabor. En los adioses y despedidas nos llenamos de ardor trasponeando los límites acostumbrados en la afección á las cosas que abandonamos: yo me despido definitivamente de los juegos de la tierra; éstos son nuestros abrazos posteriores.

Pero vengamos á mi tema. ¿ Qué hizo la acción genital á los hombres, tan natural, necesaria y justa, para no osar hablar de ella sin avergonzarse, y para excluirla de las conversaciones serias y morigeradas? Resueltamente pronunciamos: *matar, robar, traicionar*, y aquello no nos atreveríamos á proferirlo sino entre dientes. ¿ No es declarar que, cuanto menos nos exhalamos en palabras, abultamos más nuestro pensamiento? Porque acontece que las menos usuales, menos escritas y mejor calladas son las mejor sabidas y más generalmente conocidas. Ninguna edad ni ningún género de vida las ignoran, como no ignoran lo que pan significa: en todos se imprimen sin ser expresadas, oídas ni pintadas, y el sexo que mejor las sabe está en el deber de callarlas más. Bueno es también que siendo una acción que colocamos bajo la franquicia del silencio, de donde constituye un crimen arrancarla, ni siquie-

ra para acusarla y juzgarla, ni siquiera osamos flajelarla sino es con perifrasis y en imágenes. Gran favor sería para un criminal el considerarlo tan execrable que la justicia estimara injusto el tocarle y el verle, dejándole en salvo por virtud de la enorme condena que merecería. ¿No ocurre en este punto como en materia de libros, los cuales se truecan tanto más venales y públicos cuanto más son suprimidos? Por lo que á mí toca, seguiré á la letra la opinión de Aristóteles, el cual afirma que « el ser vergonzoso sirve de ornamento á la juventud y á la vejez de defecto ». Estos versos se predicán en la escuela antigua, á la cual me atengo mucho más que á la moderna: las virtudes de aquélla me parecen más grandes y sus vicios menores:

Ceulx qui par trop fuyant Venus estrivent,
Faillent autant que ceulx qui trop la suyvent ¹.

Tu, dea, tu rerum naturam sola gubernas,
Nec sine te quidquam dias in luminis oras
Exoritur, neque fit lætum, nec amabile quidquam ².

Yo no sé quién pudo indisponer con Venus á Palas y á las Musas enfiándolas con el amor; mas yo no veo otras deidades que mejor se avengan ni que más se deban. Quien de las Musas apartara las amorosas fantasías, robaríalas el más hermoso encanto de que disponer puedan y la parte más noble de su obra; y quien al amor hiciera perder la comunicación y servicio de la poesía, debilitaríalo en sus mejores armas: procediendo así se carga al dios de unión y benevolencia y á las diosas protectoras de humanidad y de justicia, de ingratitud, vicio y desconocimiento. No hace tanto tiempo que me veo inutilizado para seguir á ese dios para que mi memoria haya echado en olvido sus fuerzas y valores:

Agnosco veteris vestigia flammæ ³;

algún resto de emoción y calor queda cuando la fiebre pasa:

Nec mihi deficiat calor hic, hiemantibus annis ⁴!

Por seco y aplomado que me sienta, experimento aún algunos tibios restos de aquel ardor pasado:

Qual l'alto Egeo, perchè Aquilone o Noto
Cessi, che tutto prima il volse e scosso,
Non s'accheta egli però: ma 'l suono e 'l moto
Ritien dell'onde anco agitate e grosse ⁵:

1. Y los que huyen á Venus resistiéndola pecan lo mismo que siguiéndola.

2. Oh Venus! sólo tú gobiernas la naturaleza; sin tí nada se eleva á los celestiales ámbitos del día; sin tí nada es encantador ni digno de ser amado. LUCRECIO, I, 22.

3. Reconozco los vestigios de mis primeras llamaradas. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 23.

4. Dichoso si en el invierno de mis años ese resto de calor no me abandona.

5. Así la mar Egea revuelta por el Noto ó el Aquilón no se apacigua después de la tormenta: largo tiempo irritada todavía se agita y murmura. TASSO *Gerus liberata*, c. XII, estancia 63.

pero á lo que se me alcanza, el valor y las fuerzas de esos dios se reconocen más vivos y animados en la pintura de la poesía que en su propia esencia:

Et versus digitos habet ¹:

aquélla representa no sé qué aspecto más amoroso que el amor mismo. Venus no es tan hermosa por entero despojada de vestiduras, viva y palpitante, como lo es aquí en Virgilio:

Dixerat; et niveis hinc atque hinc diva lacertis
Cunetantem amplexu molli fovet. Ille repente
Accipit solitam flammam, notæque medullas
Intravit calor, et labefacta per ossa cucurrit:
Non secus atque olim tonitru quum rupta corusco
Ignea rima micans percurrit lumine nimbos.
Ea verba locutus,
Optatos dedit amplexus, placidumque petivit
Conjugis infusus gremio per membra soporem ².

Me parece que la pinta algún tanto conmovida tratándose de una Venus marital. En este prudente comercio los apetitos no se muestran tan juguetones; son más bien sombríos y mortecinos. El amor detesta el mantenerse por otras causas diferentes de las que en él mismo encuentra, y se mezcla flojamente en las uniones que bajo otro título son enderezadas y alimentadas, como la del matrimonio: la alianza y los medios pesan por razón tanto ó más que las gracias y la belleza. Digase lo que se quiera, no se casa uno por sí mismo; en igual grado lo ejecuta por la posteridad y la familia; la costumbre y el interés del matrimonio tocan á nuestro linaje bien lejos por cima de nosotros; por eso me place el que sea gobernado mejor por tercera mano que con el apoyo de las propias, y por el sentido ajeno mejor que por el suyo. ¿Cuán distinto no es todo esto de los tratos amorosos? De suerte que constituye una especie de incesto el ir empleando en ese parentesco venerable y sagrado los esfuerzos y extravagancias de la licencia amorosa, como me parece haber dicho en otra parte³. « Es preciso, dice Aristóteles, tocar á la mujer propia con severidad y prudencia, no sea que cosquilleándola con lascivia extremada el placer la eche fuera de los linderos de la razón. » Lo que el filósofo dice tocante á la conciencia, emitenlo los médicos en beneficio de la salud corporal, sentando « que un placer excesivamente caluroso, voluptuoso y asi-

1. El verso sabe cosquillear. JUVENAL, VI 496.

2. Así hablo; y como le viera indeciso rodeóle con sus niveos brazos estrechándole tiernamente. Al punto Vulcano siente renacer su acostumbrado ardor, un fuego que le penetra y corre hasta la médula de sus huesos. Tal un relámpago brilla en la nube hendida por el rayo, recorriendo con sus cintas de fuego los esparcidos halitos de la región del aire... Por fin brinda á su esposa con los abrazos que ella espera, y reclinado en su seno se abandona á las dulzuras del sosegado sueño. VIRGILIO, *Eneida*, VIII, 387, 392.

3. Lib. I, c. 29

duo, adultera la semilla é imposibilita la concepción ». Dicen, además, « que en un enlace languidecedor, como el del matrimonio lo es por naturaleza, para llenarlo de un calor fértil y cabal, precisa practicarlo raramente y al cabo de largos intervalos ».

Quo rapiat sitiens Venerem, interiusque recondat ¹.

Yo no veo otros matrimonios que más temprano se trastornen que los encaminados por la belleza y deseos amorosos. Han menester, para su sostenimiento, de fundamentos más sólidos y constantes y marchar con circunspección suma: el entusiasmo hirviente los disgrega.

Los que creen honrar el matrimonio juntando á él el amor, hacen á mi ver cosa parecida á la de aquellos que para favorecer la virtud sostienen que la nobleza no es diferente á la virtud. Cosas son que algún tanto se avecinan, pero entre ellas hay diversidad grande, y á nada conduce el trastornar sus nombres y sus títulos; confundiéndolas, se perjudican una y otra. Es la nobleza una bella cualidad con razón considerada como tal, mas como quiera que su dependencia es ajena y puede además caer en un hombre vicioso é insignificante, sus méritos quedan muy por bajo de los que en la virtud se suponen. Si virtud es, un artificio visible la preside, puesto que depende del tiempo y la fortuna; según las regiones varía su forma, es viviente y mortal; como el río Nilo carece de nacimiento; es genealógica y común; de consecuencias y similes; de consecuencia sacada y de consecuencia bien débil. La ciencia, la fuerza, la bondad, la riqueza, la hermosura y todas las demás buenas prendas están sujetas á comunicación y comercio; ésta se consume en sí misma y de ningún uso sirve el servicio ajeno. Proponiase á uno de nuestros reyes la elección entre dos competidores al mismo cargo, de los cuales uno era gentilhombre y el otro no: el rey ordenó que sin consideración de esa calidad se optara por el que tuviese mayores méritos; pero que allí donde el valor fuera idéntico, la nobleza se respetase. Con este proceder se la colocaba en su verdadero rango. Antígono contestó á un joven desconocido que le pedía el cargo que su padre, hombre de valer, acababa por la muerte de abandonar: « Amigo mío, repuso Antígono, en estos beneficios no miro tanto la nobleza de mis soldados como pongo á prueba sus merecimientos. » Y en verdad no debe acontecer lo que con los oficiales de los reyes de Esparta (trompetas, músicos, cocineros), á quienes sus hijos sucedían en sus cargos, por ignorantes que fueran, atropellando á los mejor experimentados en el oficio. Los habitantes de Calcuta hacen de los nobles una es-

1. A fin de que con evidencia mayor recoja sedienta los dones de Venus y cuidadosamente los oculte. VIRGILIO, *Georg.*, III, 437.

pecie por cima de la humana: el matrimonio les está prohibido y toda otra profesión que no sea la de las armas; pueden tener cuantas concubinas apetezcan y lo mismo rufianes las mujeres, sin que los contrincantes sientan celos los unos de los otros, pero constituye un crimen capital é irremisible el acoplarse con persona de distinta condición que la propia; y se consideran ensuciados con ser solamente tocados al pasar por la calle, y como su nobleza se sienta injuriada y mancillada hasta el último límite, matan á los que un poco se les acercan. De suerte que los villanos están obligados á gritar andando, como los gondoleros de Venecia, al recorrer las calles, para no entrechocarse con los nobles, los cuales les ordenan recogerse en el barrio que quieren, con lo que aquéllos evitan la ignominia que consideran como perpetua, y éstos una muerte irremisible. Ni el transcurso de los lustros, ni el favor del príncipe, ni ningún género de profesión, virtud ó riqueza, pueden convertir en noble á un plebeyo, á lo cual contribuye la costumbre de que los matrimonios están prohibidos entre gentes de distinta profesión; un joven descendiente de zapateros no puede casarse con la hija de un carpintero, y los padres están obligados á encaminar á sus hijos á sus oficios respectivos y no á otros, por donde todos mantienen la distinción y conservación de su fortuna.

Un cumplido matrimonio, de existir, rechaza la compañía y condiciones del amor y trata de representar las de la amistad. Constituye una dulce sociedad de vida, llena de constancia, de confianza y de un número infinito de oficios, útiles y sólidos y de obligaciones mutuas. Ninguna mujer que de semejante unión saborea las delicias,

Optato quam junxit lumine tæda ¹,

quisiera ocupar el lugar de concubina para con su marido. Si en la afeción de éste como mujer está acomodada, lo está más honrosa y seguramente. Aun cuando en otra parte se enternezca y debilite, que se le pregunte entonces mismo « á quién preferiría mejor que aconteciera una deshonra, de entre su mujer ó su amada, y de quién el infortunio más le afligiría, y para quién mayores bienandanzas apetece ». La respuesta de estas cuestiones no deja ninguna duda en los matrimonios sanos.

El que tan pocos se vean buenos es signo de su valer y elevado precio. Bien acondicionado y considerado, nada hay más hermoso en la sociedad humana: de él no podemos prescindir, pero sucesivamente vamos envileciéndolo. Ocurre con el matrimonio lo que con los pájaros enjaulados: á los que están por fuera aflige la idea de meterse dentro, y los que están encerrados arden en deseos de escapar.

1. Unida al objeto amado. CATULO, *de Coma Beren.*, carm. LXIV, v. 79.

Preguntado Sócrates por lo que ofrecía mayor ventaja, si tomar mujer ó no tomarla: « Cualquiera de los dos partidos, dijo, es causa de arrepentimiento. » Es un convenio al que á maravilla cuadra la sentencia de *Homo homini, ó deus ó lupus*¹; precisa el concurso de cualidades múltiples para edificarlo. Y ocurre en los tiempos en que vivimos que mejor se aviene con las almas sensibles y vulgares, á las cuales los deleites, la curiosidad y ociosidad no trastornan tanto como á las otras. Los humores que cual el mío son desordenados, los que detestan toda suerte de lazos y de obligación no se acomodan tan bien;

Et mihi dulce magis resoluta vivere collo².

Por inclinación natural hubiera huido de elegir ni aun la Cordura misma por esposa, si la cordura lo hubiera deseado; mas es inútil cuanto digamos: la costumbre y los usos de la vida ordinaria nos arrastran. La mayor parte de mis acciones se gobiernan por el ejemplo, no por deliberación; francamente hablando yo no me convidé propiamente, me invitaron, y fui empujado por ocasiones extrañas, pues no ya las cosas incómodas, sino ninguna hay por fea, viciosa y evitable que convertirse no pueda en normal, merced á alguna condición y accidente: ¡ hasta tal punto la humana condición es endeble! Fui, como digo, llevado y peor preparado entonces y de peor gana que al presente, después de haberlo experimentado. Licencioso y todo como se me juzga, he observado, sin embargo, con mayor severidad las leyes del matrimonio, de lo que me había prometido y esperaba. No es ya tiempo de cocear cuando uno se dejó uncir voluntariamente: es preciso con toda prudencia gobernar su libertad, y luego de sometidos á la obligación es preciso mantenerse bajo las leyes del deber común, ó esforzarse al menos para cumplirlas. Los que contraen matrimonio para menospreciar y odiar, proceden con injusticia é incómodamente; este hermoso precepto que entre ellas veo correr de boca en boca, á la manera de oráculo sagrado:

Sers ton mary comme ton maistre,
Et t'en garde comme d'un traistre,

que significa: « Condúctese con él con reverencia forzada, enemiga y desconfiada », grito de guerra y provocación, es semejantemente injurioso y difícil. Yo soy demasiado blando para cumplir un designio tan espinoso. A decir verdad, no he llegado á ese grado de perfecta habilidad y de galantería de espíritu necesarios para confundir la razón con la injusticia, y para poner en ridículo todo orden y toda re-

1. El hombre es para el hombre un dios ó un lobo.

2. Es más dulce para mí verme exento de ese yugo. PSEUDO-CALLUS, I, 61.

glá que no concuerden con mis deseos: por odiar la superstición no me lanzo incontinentemente en la irreligión. Si constantemente no se cumple con los deberes, al menos precisa siempre amarlos y acatarlos. Constituye una traición el casarse sin compenetrarse. Pasemos adelante.

Representa nuestro poeta un matrimonio henchido de armonía y bien avenido, en el cual, sin embargo, la lealtad no abunda. ¿ Quiso decir que no es imposible entregarse en brazos del amor y reservar al mismo tiempo algún deber para con el matrimonio, y que puede herirsele sin llegar á romperlo por completo? Tal criado estafa á su amo á quien por ello no detesta. La belleza, la oportunidad, la fatalidad, pues también aquí pone la mano,

Fatum est in partibus illis
Quas sinus abscondit: nam, si tibi sidera cessent,
Nil faciet longi mensura incognita nervi¹.

lanzaronla en brazos de un extraño, mas acaso no tan enteramente que no pueda guardar algún lazo por donde mantenerse unida á su marido. Son dos designios que tienen caminos distintos imposibles de confusión: una mujer puede entregarse á un individuo de quien en modo alguno hubiera querido ser esposa, y no ya por las condiciones de fortuna, sino por la indole personal. Pocos se casaron con amigas que no se hayan arrepentido luego; y hasta en el otro mundo, ¡ qué malas migas hicieron Júpiter y su mujer, á quien aquél había practicado y disfrutado de antemano por amores pasajeros! Esto es lo que se llama ensuciarse en el cesto para después encasquetárselo. En mi tiempo he visto, y en algún lugar privilegiado, curar vergonzosa y deshonestamente el amor con el matrimonio: los procedimientos son muy otros. Podemos amar sin ligarnos dos cosas diversas y que se contrarian. Decía Isócrates que la ciudad de Atenas gustaba á la manera de las damas á quienes se sirve por amor; todos apetecían pasearse por ella para distraerse, pero nadie la amaba para casarse, es decir, para habituarse y domiciliarse. He visto con desconsuelo maridos que odiaban á sus mujeres por el solo hecho de engañarlas; al menos no es necesario quererlas menos por razón de nuestras culpas; siquiera el arrepentimiento y la compasión deben en más caras convertirnoslas.

Fines son diferentes y sin embargo compatibles en algún modo, dice el poeta: El matrimonio tiene de su parte la utilidad, la justicia, el honor y la constancia; es un placer llano pero general: El amor se fundamenta únicamente en el placer, y en verdad lo posee más cosquilloso, vivo y agudo; es un placer que la dificultad atiza; el amor ha me-

1. Hay una fatalidad dominadora de esos órganos que nuestros vestidos ocultan: de nada os servirá que la naturaleza os haya favorecido abundantemente si os persigue la desdicha. JUVENAL, *Sat.*, IX, 32.

nester de abrasamientos y picaduras, y ya no es tal si carece de flechas y de fuego. La liberalidad de las damas es demasiado pródiga en el matrimonio y embota el filo de la afición y el del deseo: para huir este inconveniente ved el remedio que adoptaron en sus leyes Platón y Licurgo.

Las mujeres no obran mal cuando rechazan las reglas de la vida en la sociedad corrientes, puesto que son los hombres quienes sin el concurso de ellas las forjaron. Entre ellas y nosotros existen naturalmente querellas y dificultades: y hasta la más íntima unión que con ellas nos sea dable mantener es de índole tempestuosa y tumultuaria. Según el parecer de nuestro autor, tratámoslas inconsideradamente en este particular. Luego que venimos en conocimiento de que son, sin comparación, más capaces y ardientes que nosotros en los efectos del amor, como lo testimonió aquel sacerdote de la antigüedad, que fué unas veces mujer y hombre otras,

Venus huic erat utraque nota ¹;

y luego que supimos por propia confesión la prueba que hicieron en lo antiguo, en diversos siglos, un emperador y una emperatriz romanos, maestros consumados y famosos en esta labor (él ² desdoncelló en una noche á diez vírgenes sármatas, sus cautivas, pero ella ³ proveyó cumplidamente, también en una noche, á veinticinco sitiadores, cambiando de compañía según sus necesidades y apetitos),

Adhuc ardens rigida tentigine vulvæ,
Et lassata viris, nondum satiata, recessit ⁴;

y que sobre la querella sobrevenida en Cataluña entre una mujer que se quejaba de los empujes demasiado asiduos de su marido, no tanto á mi ver por sentir desaliento (pues de los milagros sólo creo en los que la fe nos impone), como por coartar con este pretexto y reprimir la libertad, en aquello mismo que constituye la acción fundamental del matrimonio, la autoridad de los maridos hacia sus mujeres, y para mostrarnos que sus ojerizas y malignidades van más allá del lecho nupcial pisoteando las gracias y dulzuras de la misma Venus; á la cual queja el marido, hombre verdaderamente brutal y desnaturalizado, repuso que hasta en los días de ayuno no era capaz de pasarse sin diez arremetidas. Intervino con motivo del litigio el notable decreto de la reina de Aragón, según el cual, después de madura reflexión del Consejo, esa buena soberana ordenó, como

1. Que conocía los placeres de ambos sexos. OVIDIO, *Metam.*, III, 323.
2. Próculo, que se glorificaba de esta acción en una carta dirigida á Meciano.
3. Mesalina, esposa del emperador Claudio.
4. Arrojando aun de voluptosidad se retira al fin, más cansada que harta. JUVENAL, *Sat.*, VI, 128

límites razonables y necesarios, el número de seis por día para dar así regla y ejemplo en todo tiempo de la moderación y modestia requeridas en un cabal matrimonio aflojando y descontando mucho de la necesidad y deseo, de su sexo, « para dejar sentada, decía, una solución fácil, y por consiguiente permanente é inmutable »; por lo cual los doctores observaron: « ¡ Cuáles no serán el apetito y la concupiscencia femeninas, puesto que su razón, enmienda y virtud se tasan en ese precio! » considerando la diversa apreciación que nuestros apetitos les merecían. Solón, patrón de la escuela legista, no admite más que tres desahogos mensuales para no llegar al hartazgo en la frecuentación conyugal. Después de haber prestado crédito á todo esto y de haberlo igualmente predicado, fuimos á aplicar á las mujeres la continencia como patrimonio, y á castigar la falta de ella con las últimas y extremas penas.

Ninguna pasión tan avasalladora como ésta, á la cual queremos que resistan ellas solas, y no ya como á un vicio de su medida, sino como á la abominación y á la execración, más todavía que á la irreligión y al parricidio, mientras los hombres nos entregamos á ella sin escrúpulos ni reparos. Aquellos de entre nosotros que intentaron calmarla confesaron de sobra la dificultad, ó más bien la imposibilidad que para ello encontraron, usando de remedios materiales con que sofrenar, debilitar y refrescar el cuerpo: nosotros, por el contrario, las queremos sanas, vigorosas y en buen punto; bien nutridas y castas juntamente, es decir, ardorosas y frías, pues el matrimonio, que á nuestro dictamen tiene á cargo impedirles arder, las procura escaso refrescamiento dadas nuestras costumbres; y si aciertan á dar con un hombre en quien el vigor de la edad bulle todavía, ese mismo se gloriará de esparcirlo por otra parte:

Sit tandem pudor; aut eamus in jus;
Multis mentula millibus redempta,
Non est hæc tua, Basse; vendidisti ¹;

Polemón el filósofo fué equitativamente llevado ante la justicia por su esposa, por el motivo de ir sembrando en terreno estéril el fruto debido al campo genital; y no hablemos de los vejestorios que se unen con mujeres jóvenes, pues éstas en pleno matrimonio son de condición peor que las vírgenes y las viudas. Considerámoslas como bien provistas porque tienen un hombre junto á ellas, como los romanos tuvieron por violada á la vestal Clodia Laeta á quien Calígula se acercara, aun cuando luego se probase que ni siquiera la había tocado. Ocurre precisamente todo

1. Avergüénzate al fin de tu conducta ó comparezcamos juntos ante la justicia. Tú me vendiste ese mueble, Basso; con dinero contante y sonante te lo compré: ya no te pertenece. MARCIAL, XII, 30, 10.